

PRIMER CUADERNO

Por fin. Ha muerto. Llevo tanto tiempo esperando que sucediera. Me parece mentira que, de una vez por todas, él, maldito sea, haya dejado de existir. Ya no veré más su cara de pasmarote en la puerta de casa, esquivando la vista cuando mis ojos se cruzaban con los suyos en una pasada fugaz. Nunca ha sido capaz de disimular, aunque lo ha intentado de mil maneras, lo mucho que le gusta mi cuerpo, mis más leves movimientos de cabeza al retirarme el pelo de la cara y, sobre todo, mi boca. Por cómo miraba los míos, me imagino que los labios femeninos siempre han debido suponer para él una gran fascinación. Seguramente guardaba imágenes mentales de las bocas entreabiertas de las mujeres que conocía para, ya en casa, sacarlas de su cofre cerebral y regodearse en una visión translúcida. Pausadamente, sin interferencias audibles, solo las de su respiración jadeante.

Ahora volvemos a vernos cara a cara con normalidad. La suya, impasible, con una mueca insolente. Es curioso, pero en todas las ocasiones que he imaginado que se moría no creí, ni por un momento, que me iba a sentir así de bien. Respiro hondo y me digo a mí misma: Todo ha pasado ya. ¿Por qué deberías preocuparte precisamente ahora? Siente la vida ante ti, la realidad, la noche, esta bendita lluvia y el vestido mojado pegado a tu cuerpo. Sé ambiciosa y disfrútalo todo a la vez.

Llueve a cántaros y me estoy empapando los pies a través de los zapatos. ¿Quién me mandaría a mí ponerme hoy estos tacones tan altos? Levanto la mano, intentando sin muchas ganas parar un coche, pero los pocos que pasan lo hacen de

largo, después de enfocarme con sus luces halógenas en un sucesivo guiño: Larga, corta, larga, corta, larga, corta... Nadie se detiene, ni por curiosidad, para ver qué puñetas me pasa para estar aquí parada, como una estatua, bajo la lluvia. Esta carretera mal asfaltada no es sitio de prostitutas, ni la noche está para hacer autostop. Sin embargo me extraña que, aunque el cuerpo muerto de Arístides permanece casi oculto en la cuneta, ningún conductor sea capaz de intuir que un deportivo rojo, parado, con las luces encendidas, y una mujer en traje de noche, empapada y con gesto de miedo, significa que algo horrible ha ocurrido. Tal vez yo esté equivocada y todos perciban el peligro, pero piensen que lo más seguro sea volver a casa sin meterse en líos.

Al mirar a Arístides ahí tendido como un saco contrahecho, pienso en la cantidad de sentimientos opuestos que me ha inspirado a lo largo de todos estos años. Le he temido tanto como lo he amado. Al principio tenía un miedo atroz a perderle, supongo que como nos pasa a todas cuando nos enamoramos. No quería separarme de él ni para ir al baño. Aunque no te lo creas, aguantaba hasta el límite las ganas de orinar. Eso era en la cafetería ridícula donde nos encontrábamos para tomar un refresco de limón, caliente y sin gracia. Él me hablaba de horizontes que yo no podía compartir, de otras gentes, de otros libros de autores desconocidos para mí. "*Meine Liebe*", me susurraba al oído con una cadencia que me provocaba un escalofrío y el vello de los brazos se me erizaba. Y yo me admiraba a pesar de haber pasado mi infancia en Marruecos, y estar impregnada de palabras en tres idiomas. Cuatro, si contamos el árabe.

Vivir en una tierra donde las lenguas se mezclan en el aire, y donde basta caminar unos cuantos kilómetros para situarte frente al océano, en el desierto, o en las puertas del consulado francés, hace que la mente se libere de las estructuras lingüísticas fijas. Angélica y yo podíamos entrar en las distintas lenguas que se

hablaban en casa, en la escuela y en la calle con la misma facilidad con que cambiábamos de juegos.

Cuando conocí a Arístides no quise que supiera de mi vida más que lo imprescindible. Me dediqué a admirar sus ingentes conocimientos en temas que me eran totalmente desconocidos. Su charla me parecía apasionante. Arístides me cogía la mano con suavidad estudiada y me susurraba al oído algo que no recuerdo, pero que me hacía ponerme roja y me daba sed. Otro refresco de limón, caliente y sin gracia.

Estoy en la carretera. Las gotas de lluvia golpean el suelo mojado levantando, cada una de ellas, partículas minúsculas a su alrededor. Los zapatos se me estropearán.

Pienso que la manera de calzarme los zapatos de tacón es una manida ceremonia mía. Me he vestido para esta ocasión con un rito del que no me había percatado. Cuando salgo por la noche cambio mis costumbres. Si alguien me viera por una rendija podría decir, sin lugar a dudas, que me acicalo para seducirme a mí misma. Los trajes de noche los guardo aparte dentro de mi guardarropa, para ti demasiado extenso, lo sé, amiga mía. Un vestido de fiesta suele ser caro, delicado y asociado a miles de recuerdos excitantes: un “*soufflé*” exquisito, un baile, un roce, una caricia, un hombre. Al salir de la ducha, ya en mi dormitorio, me embadurno la cara y el cuello con una crema hidratante ligeramente perfumada, pero la extendo también por las rodillas y los talones. No me gusta la sequedad de esas zonas de mi cuerpo. Me recuerdan a las plantas de los pies, amarillas de tantas durezas, de las actrices baratas en las escenas de cama. Elijo cuidadosamente las braguitas que me pongo. O cojo unas blancas, de licra, con puntillas en los costados, u otras negras, de encaje. Por supuesto, el sujetador depende del vestido que lleve. Nunca jamás el compañero a las bragas: las prendas íntimas no deben ir acompañadas, te

acompañan a ti. A veces me hace falta el de aros, sin tirantes, pero con relleno; ya sabes que la naturaleza no me ha dotado con un pecho especialmente abundante, aunque sí bien colocado, en su sitio. Un traje de noche luce mejor cuando el busto es mayor de la talla cien, y el mío apenas la alcanza. El liguero, bien ajustado; las medias después, sin costuras en la punta del pie, sutiles. Los zapatos de tacón, primero el izquierdo y luego el derecho, y, por fin, el vestido, para que cuando saque la cabeza por el escote me vea en el espejo tal y como voy a salir. Esa primera imagen será similar al crucial golpe de efecto que tendrá, en cuanto me eche la primera ojeada, el hombre con quien saldré. Estoy convencida de que el resto de la noche, porque mi humor lo hace ser así, depende de cómo sea esa visión. Si me gusta, sonreiré y me rodearé de un halo de encanto irresistible. Si no es así, si me veo exagerada, sin atractivo, desajustada en la ropa, iré con desgana y se me notará en el poco brillo de mi charla, y en la tristeza de la mirada. Me maquillo ligeramente. Uso poca máscara, rozando apenas el filo de las pestañas, porque tengo la mala costumbre de restregarme los ojos de vez en cuando. Lo que cuido con esmero son mis labios. Perfiló con cuidado su contorno y esparzo el color de dos o tres barras hasta conseguir el tono que he imaginado antes incluso de empezar. Ya sabes que mi boca es grande, “*fashioned*”, y si el lápiz de labios es muy rojo y me paso con la cosmética, parezco una buscona. Y, por fin, el perfume. Deposito una gota detrás de cada lóbulo de las orejas y otra en el escote, como mandan las normas. El olor hace que me envuelva en un capullo de aroma y me preserva de la maldad. Me hace sentirme limpia en mis intenciones. Por último, como si de un ritual se tratara, cierro el tapón suavemente y le doy un definitivo apretón para cerciorarme de que no se evaporará. Hoy no me he puesto perfume. Mi conciencia no me lo permitía. Hacerlo habría significado una íntima traición. Había quedado con Arístides para hablar, sólo para hablar. Íbamos a cenar durante el tiempo imprescindible, pero no a tomar una

copa mientras decidíamos nuestro futuro. Eso creía yo, al menos. Para qué usar perfume entonces.

Mientras me arreglaba meditaba sobre la conveniencia de acudir a la cita con él. No quería seducir a mi marido nunca más. Demasiado dolor, demasiada incertidumbre. Pero volvamos al miedo. No te extrañes: Se puede amar y temer al mismo tiempo. Ese sentimiento, aparentemente contradictorio, es una cadena que te ata las manos y los pies cuando el otro está cerca. Arístides me dominaba con el despliegue diario de una de esas dos emociones, o de las dos al mismo tiempo. ¡Y claro que le tenía miedo! Podría hablarte de pánico intensísimo, de terror. Fue mucho después cuando me di cuenta. Pasaron años hasta entonces. Mientras tanto, solamente supe que lo quise. ¡Vaya si lo quise!

Creí morirme cuando me dijeron que había tenido un accidente de moto. Yo tenía diecisiete años y él veintidós. No le ha pasado nada, decían. Y no me lo creí del todo hasta que lo vi en cama de una clínica traumatológica, con la pierna en alto, sujeta por unas cuerdas y poleas. De los hospitales, lo que más me impresiona es la cantidad de aparatos médicos que parecen controlar tu vida, aunque en realidad solamente sirven de testigos impasibles de la salud real, o de la presencia de vida al otro lado de los electrodos. Antes de entrar en su habitación contemplé a través de la estrecha apertura de la puerta aquellos artilugios engañosos, desconectados ya de su cuerpo. La pierna de Arístides estaba atada a los barrotes de una especie de dosel metálico. Cuando por fin me atreví a traspasar el umbral de la habitación que compartía con otro hombre escayolado hasta la cintura, él me sonrió y me pidió que lo besara. Por supuesto que lo hice. No me importó que estuviera delante a aquel hombre desconocido, ni a la hermana y la madre de Arístides. Esquivando los hierros del mecanismo ortopédico, me abalancé sobre su cara y la sujeté con mis manos. Él me abrazó fuertemente. Fue un beso largo, largo, con sabor a medicamentos agrios.

—Arístides —dijo su madre con voz agria—. Suelta a la pobre muchacha, que la vas a ahogar.

Pero Arístides no le hizo caso y no me soltó. Apretó su boca aún más fuertemente contra la mía, y me metió la lengua, rozando con ella mi paladar y mis dientes. Ahora sonrío al imaginarme allí, echada sobre la cama del hospital, encendida, rebosante de alegría, con la camisa fuera de los pantalones vaqueros de tanto estirarme sobre él; y mis futuras suegra y cuñada sin saber qué hacer, ni qué decir, ante nuestras efusiones. ¡Y qué más daba! Arístides estaba vivo y me quería. ¡A la porra con ellas! Por cierto, recuerdo que los pantalones eran los horrorosos vaqueros de tergal que mi madre se empeñaba en comprarme diciendo que los otros, los de algodón, no duraban ni tres lavados sin desgastarse. “*Se ponen tan feos que dan ganas de tirarlos, y además les sacas enseguida unas rodilleras blancuzcas que quedan fatal. Pareces una pobre de solemnidad*”, me decía. Y nada, que acababa por ponerme los vaqueros de fibra duradera, quisiera o no quisiera. Supongo que te acuerdas de ellos y de la envidia que me daba mirarte, embutida en tus “*jeans*” descoloridos por los muslos, con flecos por abajo. Hasta que descubrí que había vaqueros de color blanco, me quedaba sólo la opción de llevar castas falditas plisadas por debajo de la rodilla si no quería llevar los horrendos pantalones de tergal que imitaban tan mal a los *jeans* de marca.

Vuelvo a la carretera con Arístides en el suelo, bajo la llovizna. Sigo levantando el brazo, pero con menos convencimiento. Total, ¿qué prisa tengo? Su cuerpo está extrañamente inmóvil. Al tocar su frente me estremezco. Parece que aún vive. Un escalofrío recorre mis brazos. Sus pensamientos parecen traspasar su piel y llegar hasta mí atrapándome con sutiles caricias y palabras en alemán. Pero de su nuca brota un hilo de sangre que va formando un charco aguado debajo de su cabeza. Tomo su mano y noto que sus dedos no oponen resistencia. “*Muerto —pienso— Está*

muerto". Le tomo el pulso en la muñeca y en el cuello y, como no siento nada, acerco la oreja a su pecho. No hay actividad. De repente caigo en la cuenta de que lo he hecho con mucho aplomo y me sorprendo de mí misma. Vuelvo a mirar su cara con el reflejo lejano de la luz de los faros de su coche. Ahora parece más pálida aún que antes, de color de la cera de un cirio pascual. Su nariz está extrañamente afilada. Casi no puedo creer que ya no exista. Quiero volver a tomar su mano entre las mías, pero no lo hago. Tocarlo otra vez me parece una profanación. Prefiero dejarlo como está, impasible en su postura grotesca. Me voy a quitar los zapatos y a pisar el asfalto, aunque me haga carreras en las medias. Los cogeré e iré andando hacia el coche. Para estar aquí poniéndome como una sopa, me meto dentro y espero a que escampe. Por lo menos sentada, y sin que me caiga el agua en la cabeza, estaré mejor. Bendita lluvia. No quiero pensar en Arístides más. No quiero dejar entrar el sufrimiento ni pensar que ya, aunque lo desee con toda mi alma, no podré llamarlo para pedirle dinero, ni echarle en cara lo que ha hecho con mi vida. Ha muerto y bien muerto está.



Gracias, gracias, y gracias otra vez por incluir en mi equipaje este cuaderno. Es precioso. Tiene el tamaño justo para manejarlo con facilidad y las suficientes hojas para animarme a comenzar el relato que me pides. No obstante no sé si es buena idea. Tú sabrás. Con tu regalo, realmente me invitas a plasmar en un papel todo aquello que no quiero recordar. Argumentas que a través de los escritos podrás demostrar que yo no lo hice, que no es sino una acusación falsa más en el toma y daca del derecho y del movimiento de papeles diario en los Juzgados de Instrucción. Cuando escriba en él no podré ponerlo en tus manos, como me gustaría. Será un funcionario el encargado de cogérmelo, revisarlo, y dártelo a ti. Tú leerás lo que yo te

escriba y volverás a darle el cuaderno a él para que me lo devuelva. ¡Es todo tan extraño aquí!

En cuanto lo tuve en mis manos me puse a escribir en él. No quise demorar durante más tiempo el registrar para ti las impresiones de aquella noche fatal. Dejé volar mi mente a un espacio distinto, a un tiempo distinto. Por una hora, o quizás más, me transporté al pasado y mi mano derecha hizo el resto. Las palabras se me iban hilvanando en frases, y las frases en párrafos, ocupando la primera hoja, la segunda, y parte de la tercera, de tu regalo. Me pareció un milagro encontrarlo entre mis cosas, como debió parecerles el maná de Yahvé a los israelitas en el desierto. Lo miro despacio y parece que me está diciendo “*escribeme*”. Es bonito por fuera y, cuando lo abro, suena el papel al despegarse las páginas unas de las otras con un desgarró suave. El color de las hojas no es blanco, tampoco amarillo, ni naranja ni beige, sino de una curiosa mezcla de esos cuatro colores. Huele a celulosa perfumada. Con él no tengo excusa para eludir la tarea de ponerme a apuntar, poquito a poquito, con buena letra, lo que me pides. Eres muy cuca. Siempre lo has sido, desde muy niña. Me gusta tu detalle. Gracias otra vez.

Claro que para esta tarea, imagino que deberé aguantar las interrupciones de mis “*colegas*”, las reclusas del Módulo de Mujeres de esta Prisión tan funesta. Cuando me ven escribir, se pasan el rato pidiéndome que les dé papel para mandar una carta a sus familias, a sus novios o amantes. No le doy a ninguna. ¡Qué compren un bloc en el economato! No me llames roñosa. Precisamente porque es tu regalo, me da pena estropearlo dejándolo flaco y desprovisto de su flujo vital, que no es otra cosa que sus propias páginas.

Ahora quiero que sepas que estoy preocupada por la impresión que di al juez. Yo no me vi como en un espejo, pero algo debió ocurrir para que me enviara a prisión desde allí. ¿Crees que no me creyó después de oírme durante más de dos horas de

interrogatorio exhaustivo? Tú dices que las declaraciones son como las entrevistas que les hacen a los famosos; conversaciones sinceras en apariencia aunque estén contaminadas por la buena imagen que los personajes conocidos pretenden dar. Y afirmas que nunca dicen la verdad, que ninguno en su sano juicio lo haría, y que por lo tanto nadie los cree. No hay más que verlos para darse cuenta de que mienten. Tanta pulcritud, tanto afán por desvelar su intimidad y tanta familiaridad con el entrevistador son sólo trucos para mantenerse en el candelerero.

Dices también que la mía fue una declaración muy poco emotiva, según te dijo el juez. ¿Qué quería, si a cada una de mis respuestas se sucedía otra serie inacabable de preguntas tuyas? ¿Cuál sería para él una declaración *emotiva*? ¿Debería haberme deshecho en lágrimas y gritos de “*yo no lo hice, se lo juro*”? No tengo ni idea de cómo reaccionan los verdaderos asesinos cuando los interrogan los jueces, pero imagino que sus respuestas serán cautas y que se verán dominados por el miedo a la autoridad máxima. Tú me conoces bien. Viste con tus propios ojos cómo intenté mantener la calma en todo momento, retorciéndome las manos incluso y controlando la presencia del llanto, a pesar de que intuía que me consideraban sospechosa de una muerte, de su muerte. ¿Crees que yo mentía, que daba una imagen fría aposta? Me contesto a mí misma que no, que tú no lo crees. Sé que estás de mi lado y que vas a demostrarles a todos lo equivocados que están.

De todas maneras no me explico cómo vas a descifrar mensajes ocultos en la lectura de mis palabras que puedan convencer a un juez escéptico, que ya está en contra mía únicamente porque le pareció “*una declaración muy poco emotiva*”. Supongo que él también cree que me he comportado como los famosos en las entrevistas, intentando dar una buena imagen. Yo lo sé, tú lo sabes y él lo sabe: El fiscal y él me creen una asesina porque ciertas “*evidencias*” me sitúan en el punto de mira. Si después del análisis que tú hagas sobre este cuaderno que me has regalado,

me ve cálida y próxima, no pasará de ahí y seguirá considerándome culpable. Me atormenta pensarlo, pero debemos afanarnos para conseguir que no se cumpla mi oráculo.



Lo más duro de soportar de mi encarcelamiento, tan injusto como la muerte de los niños, fue el momento en que traspasé la puerta del módulo. Hasta entonces actué como una autómatas, una muñeca desganaada a la que dan cuerda para que se mueva. Aguanté el llanto hincándome los dedos en el muslo cuando la policía aparcó el coche celular en la puerta del juzgado. Me metieron en él con maneras toscas pero no ofensivas. Por el rabillo del ojo te vi bajar las escaleras y dirigirte al conductor con un susurrado *“tened cuidado con ella, por favor”*. Cuando nos pusimos en marcha reviví la sensación de temor y disgusto que me invade siempre que abandono mi ciudad. Parecía que salía de viaje otra vez. Pero no era cierto: no cogía el avión para irme contigo a Newcastle; las dos solas, adolescentes, en la aventura irrepetible del primer viaje al extranjero. Esta vez no íbamos a practicar el inglés en tierras anglosajonas. Justo al contrario, mi viaje en solitario me llevaba a un sitio nuevo y cercano que no deseaba conocer.

Nos alejamos solamente unos pocos kilómetros de la ciudad para llegar a la prisión. El coche celular donde me trasladaron no tenía ventanas por donde observar un trayecto que se me hizo infinito. Quería imaginar que los policías te habían dejado ir a mi lado y me hablabas de algo intrascendente. Aunque no oía tu voz, te sentía cercana. Vistos desde las torretas de los vigilantes, debíamos parecer la caricatura de una procesión sin nazarenos ni tronos, un desfile formado por un único vehículo. Creía ver el enorme descampado que sirve de aparcamiento a la Prisión Provincial, que se ve estupendamente desde la autovía. Estaba totalmente desierto y allí no

quedaba más que un humo denso de vapor de agua y olor a cieno. Cuando noté la sacudida propia de haber pisado un badén, supuse que llegábamos al control de entrada. Me preguntaba qué estarían pensando los guardianes que estaban dentro, cómo pasarían las horas de su jornada laboral, si observando minuto tras minuto el aparcamiento vacío hasta que les lagrimearan los ojos; si esperando la llegada de alguien incierto, con facciones imprecisas, que nunca terminaba por aparecer; si temiendo un asalto brutal, una bomba, un tiro desde lejos con un rifle de mira telescópica; o si agotando su atención de tanto ponerla aquí y allá, alternando suspiros de preocupación con los silencios de la sospecha. En mis pensamientos hablaba contigo y tú me respondías que no, que al ver que se trata de un coche celular, los funcionarios dejan de tener la sensación de estar en peligro. Si no, cada coche extraño que llega representa un riesgo potencial. Por eso los vigilantes de la entrada de la prisión miran con desconfianza las manos de los visitantes, sin fijarse en sus caras ni en sus rasgos. Es mejor prestar cuidado a las manos porque pueden traernos la muerte.

El coche celular aparcó en la puerta del módulo de ingresos. El descenso hasta la entrada no lo recuerdo apenas. Sé que hacía frío allí, y que yo tiritaba. Aunque no te vi, tal como me prometiste, tú estabas esperándome para darles mi equipaje, una bolsa grande con lo imprescindible que recogiste de casa. Lo miraron, lo *escanearon*, y me lo dieron. No sé muy bien qué sucedió después. El recuerdo, afortunadamente, es un amigo protector que nos defiende de muchos sucesos preferibles de olvidar. Oía puertas metálicas que se abrían y se cerraban con un sonido electrónico, mientras yo andaba mirando al suelo. Cada *rastrillo* imponía una pausa y yo veía bajo mis pies baldosas de color beige sin márgenes definidos. De vez en cuando, una ojeada a mis propios zapatos sin tacón, cuyas puntas se alternaban ante mis ojos con cada paso que daba en dirección a un lugar desconocido, que yo imaginaba terrible.

Me condujeron hasta un despacho de azulejos amarillos donde un médico me hizo el “reconocimiento”. En realidad no fue un chequeo, sino sólo un interrogatorio para confeccionar una historia clínica como las miles y miles que Arístides debía haber completado a lo largo de su vida profesional. Sus preguntas eran simples y rutinarias. Cuando acabó su trabajo el médico me dijo, cambiando el tono de su voz por otro más bajo, que no me preocupara, que sería poco tiempo, que todos sus compañeros sentían la muerte de Arístides y que me hacían llegar sus condolencias. Le sonreí instintivamente, con la falsedad propia de los seres demasiado educados, como agradecimiento a sus palabras de consuelo. En el módulo de ingresos me entregaron un fardo pesadísimo con una colcha, una funda de almohada, una manta y un juego de sábanas. Encima del fardo, una bolsa de plástico en la que luego descubriría una pastilla de jabón, un peine, un cubierto, una botella de lejía y un rollo de papel higiénico. Acarreeé como pude esa miscelánea por el camino que me indicaba una funcionaria hasta llegar al módulo de mujeres. Galerías y puertas electrónicas se extendían ante mí en un laberinto complejo del que aún hoy me resultaría imposible encontrar la salida.

Una vez dentro del módulo, unas voces femeninas me ordenaron sin delicadeza que me desnudara. Dos funcionarias de uniforme esperaban a que me desvistiera. “Rápido —dijo una— *que no tenemos toda la noche*”. Cerré los ojos y obedecí como una niña. No sentí pudor al principio. Permanecí desnuda ante ellas con descaro. Me encuentro bien en mi cuerpo, sobre todo desde que me hice la liposucción en las pistoleras. Ellas debieron notarlo y no gustarle mi actitud insolente, porque me dejaron así un buen rato. Las dos mujeres me observaban sin que yo las mirara directamente. Encendieron un cigarrillo. “*Levanta los brazos, a ver si traes algo escondido*”, me ordenaron. Comencé a verme extraña. ¿No dijeron al principio que tenían prisa?, pensé. “*Tengo frío*”, les susurré. Silencio. Una de las dos se me acercó

y me levantó el mentón con un “¡Abre la boca!” y me miró dentro. Me sentí humillada y triste. Parecía que estaba en un campo de exterminio nazi y que ellas estaban interesadas en saber si tenía muelas de oro. “Vístete”, me dijo la otra. Me flanquearon las dos y subí a mi celda por una escalera demasiado estrecha, y casi me caigo para atrás. Allí había una mujer mayor que no se movió cuando abrieron la puerta. Luego me enteré de que estaba completamente sorda. Dejé mi equipaje encima del camastro. No pude darme una ducha templada porque era demasiado tarde. Dormí mal, dando tumbos, y extrañando la dureza de la cama, pero dormí. A partir de la mañana siguiente me encontré en esta sala, confusa, extraña, mendigando la mirada de una cara conocida, sin encontrarla. El desayuno, las rutinas, el aire, la jauría de mujeres de todas las razas oscuras del mediterráneo, los timbres, todo se me hace sumamente hostil.

Y tú, querida amiga, me pides que, a pesar de todo lo que ha ocurrido, de esta mofa del destino, vuelque mi alma en este precioso cuaderno regalado, que me desnude ahora en mis intenciones pasadas, a sabiendas de que otros ojos que no son los tuyos estarán observándome mientras hago mi particular “*striptease*” anímico.

Tampoco sé si podré hacerlo tal y como me gustaría. Pudiera ser que en otro sitio me fuera más asequible acceder a los recuerdos. Con las limitaciones que impone este lugar de pesadilla intentaré darte gusto, pero no te aseguro constancia ni pulcritud. No es fácil sentir las palpitations del espíritu cuando te rodean más de cien mujeres desconocidas, ineducadas, oliendo a sudores fétidos, los de cualquier ser humano que no se asea diariamente.

Las internas son sucias, y a la mayoría de ellas les da igual oler a sudor o a culo. Por cierto, no se te ocurra nunca decir *presa*, sino *interna*, aunque signifique lo mismo. El vocabulario impuesto por el poder es así, refinado y elegante. Como no hay obligación de bañarse, hay que aguantar el tufo. Es más, si quieres ducharte, tienes

que hacerlo en duchas colectivas con otras *internas* y en horario *habitual*. Llevo mal el que para ducharme tenga que hacer cola, por muy corta que sea. Y en esto de las duchas rige la ley de la oferta y la demanda. El agua está caliente para las que llegan al principio. Mientras avanza el día, la posibilidad de que salga un chorro helado es mayor. Lo que más me molesta de aguantar a estos desechos de mujeres no es el olor que despiden, mezcla de desodorante *Tulipán Negro* y de humanidad, sino el ruido que producen. Sus chillidos son insoportables. Las voces, para hacerse oír, van *in crescendo* hasta formar un murmullo continuo que impide escuchar otros sonidos. Es un zumbido constante, como el rugir del agua del pantano a través de una turbina. Tengo que darle pronto una solución al vocerío o terminaré volviéndome loca.

Te escribo esto y me empiezo a sentir extraña de nuevo. Aquí me ahogo. Ojalá la oportunidad que me ofreces de relatar en estas páginas mi visión de las cosas me permita construir una burbuja de aire donde respirar a gusto. Lo haré para ti, pero sólo para ti, y, una vez concluido, lo examinaremos juntas. Únicamente entonces te daré el permiso para que otro alguien vea los escritos, sólo entonces. Recuérdalo. Esas son mis condiciones. ¿Las aceptarás, verdad?

Mi compañera de celda, Manuela Ortiz, La Manu, es una mujerona de tetas enormes. Pasa el tiempo casi tan sola como yo. Su cara, sería como la de tu amigo el juez el día que me interrogó, contrasta con su atuendo. Se viste con un chándal de *tactel* en colores fucsia y marino, ancho de hombros y largo de mangas, pero como le ajusta y aprieta sus enormes tetas, le queda corto en la barriga y le hace un respingo en la espalda. Además de mantener su mal humor a diario, se entretiene en ser vulgar y soez como ella sola. Tiene una voz chillona y destemplada, de sorda, y modales bruscos. Le han dado un "*destino*", un trabajo: la limpieza del pasillo de las celdas, por el que reduce parte de su condena. Calculo que hace tiempo que cumplió los cincuenta, pero aquí no te puedes fiar de las aproximaciones "*a ojo*". Hay internas

con la cara llena de arrugas, delgadas y tiesas, que representan cuarenta años o más y no tienen más de veinte, o de treinta; y otras con el pelo canoso, ojos hundidos y pómulos oscuros, que tienen la misma edad que las anteriores. Debe haber una razón científica por la cual los ojos de las internas pierden el brillo y toman ese aspecto entristecido, aunque sus dueñas sonrían o estallen en carcajadas tan estruendosas como sus voces. Manuela no se ríe nunca. Tampoco la he visto esbozar una sonrisa. Tiene arrugas alrededor de la boca de tanto apretar los labios. Las mujeres en general soportamos mal el envejecimiento, pero aquí se suma el sufrimiento y las drogas ¡y sus efectos son demoledores para la piel!

El cuerpo entero se resiente de la falta de ejercicio y de soportar el aire enrarecido del Módulo. La inercia, y la falta de sillas suficientes para todas, nos lleva a sentarnos en la única postura que permite tener la espalda erguida; esto es, con el peso del cuerpo contra la pared, sobre la espalda; sin asiento, en el aire, las piernas dobladas en cuclillas y los pies de puntillas, bien apoyados en el pavimento. Así, alineadas contra los muros de la sala común, formamos filas enteras durante horas. Te parecerá mentira pero se descansa a gusto. De vez en cuando, un cigarrillo, para variar. La ceniza cae directamente al suelo, que está hecho una verdadera porquería. No se le ocurre a ninguna echarla en un cartucho de papel o en la propia mano.

Te estoy contando tantos detalles de mi vida aquí porque creo que no puedes ni imaginártelos. Quiero que sepas donde me ha metido ese juez tan sensato al que todos admiran, con su corbata de seda, sus gemelos de oro, su calva irrefrenable y su mirada de ave rapaz; ese juez que teme que vaya a abandonar el país y que no me presente al juicio. ¿Son sus malditos miedos y los del fiscal los que me han metido presa y nada más? Lo dudo. Alguien debe haber fabricado una rápida campaña de desprestigio contra mí y han sesgado sus opiniones. Si te digo esto es porque ciertas personas se alegran de mi mala hora. ¿De verdad cree ese juez que podría

escaparme y no volver a casa nunca más? ¿Que abandonaría a Pura a su suerte? ¿Que dejaría mi trabajo en la Universidad? ¿Que me iría al extranjero y tendrían que buscarme por esos mundos de Dios? ¿Que tengo amigos influyentes fuera del país que me mantendrían de por vida? Sus argumentos se basan en una sola premisa: Que manejo el inglés y el francés como si fueran mis primeras lenguas. ¡Tonterías! Solamente con el idioma no se reestructura un pasado, ni se rehace una vida. Si creen eso, tanto el fiscal como él me subestiman. Reconozco que fuera del país podría encontrar a quienes me dieran cobijo en sus casas una temporada, pero no pondría la mano en el fuego porque lo hicieran durante mucho tiempo. El otro motivo, la alarma social, me parece una excusa aún más ridícula. Arístides ha muerto atropellado por un coche. Yo no lo conducía. Entonces, ¿por qué se obstinan en mantener sus sospechas hacia mí? ¡Malditos sean por buscar tales pretextos para meterme aquí! Hasta un tonto notaría que hay otras razones. ¡Cuántos personajes famosos acusados de delitos han salido del Juzgado con una fianza ridícula y se han ido a sus casas tan campantes! ¿Por qué a mí no se me trata igual? ¿No se dan cuenta de que están atacando mi prestigio? Yo dependo de un contrato con la Universidad. El sueldo que me dan, sin ser una cantidad excesiva, no es despreciable. Cuando pase esta tormenta de sinsentidos, ¿volverán a contratarme? Mis vecinos, ¿volverán a saludarme por las escaleras y en el ascensor? Mis amigos y compañeros, ¿me llamarán por teléfono para comentarme sus pequeñas miserias diarias? Supongo que todo mi entorno habrá dado un gran giro cuando vuelva, pero nada me preocupa más que lo que pueda ocurrirle a Javier. Mi hijo está a ciento sesenta kilómetros escasos, esperando que ocurra algo extraordinario que le devuelva su rutina y poder así recuperar su “norte”. Me está esperando a mí.

Podría suceder que todo esto no fuera real, que se tratara de un espectáculo surrealista de contradenuncia por parte de un engranaje opresivo para justificar su

razón de ser. ¿No son las Leyes y la Justicia las manos que azotan al disidente? Un mundo como el que plasman los reportajes de mi hermana Angélica, cuando es atacado en sus cimientos, necesita emprender cruzadas ingentes por motivos baladíes. “*Es la supervivencia del Sistema*”, diría ella. En uno de sus trabajos más afamados aparecía, en un gran único plano, una mujer a contra luz, casi de espaldas, sosteniendo en el regazo la cabeza de un niño que dormía. Otra foto, ampliado el marco con el gran angular y con la figura de frente, correspondía a una mujer de la América latina en una cárcel para mujeres de La Paz. A Angélica no le interesaba el motivo último por el que la mujer había perdido su libertad, sino la crueldad del encarcelamiento de la maternidad. El texto era duro. Pero el fotógrafo, su amigo inseparable, Diego de Laza, captó en dos disparos de su Nikon el sentido del artículo entero y le dio alma a las palabras de mi hermana. Un alma completa.

No quiero decirte que aquella madre de Bolivia sea comparable conmigo. Posiblemente yo esté representando un papel estelar en esta película de terror. Visto desde cerca, mi caso puede parecer trivial e incómodo, pero si observas todo el encuadre, mi figura toma nitidez. Vuelvo a asegurarte que le soy molesta a muchas gentes, tan estúpidas como soberbias, que no soportan que haya desertores en sus filas de fieles cumplidores de una ética malsana y rotundamente engañosa. Esta ciudad no es grande. Las amigas de mi madre, escrupulosas y tenaces, se habrán echado las manos a la cabeza al enterarse de que tras mi separación no he parado en casa durante noches enteras. No sé si ellas, esas abejas zumbadoras, sabrán algunos detalles más íntimos, pero no me resultaría extraño. Y tampoco me sorprendería de que hubiera sido mi propia madre la que se los hubiera soltado, justificando de esta manera su profunda infelicidad, su tristeza infinita. Las mujeres abandonadas reaccionamos con actitudes que con el tiempo nos parecen impropias de nosotras. Intentar recuperar el tiempo perdido es hasta vulgar. Meterte en la cama

a llorar, patético. Yo no hice ni lo uno ni lo otro. Simplemente dejé de ocultarme a mí misma y a los demás mi profunda insatisfacción y dejé de mentir durante un largo tiempo.

No. No es suficiente. Tiene que haber algo más. Un par de salidas de tono, y unas cuantas juergas de más, no bastan para montar la campaña de desprestigio que echara por tierra mi futuro. Esos clientes y socios de mi padre, rijosos, puteros, mirones.

Podría asegurar que todos ellos serían capaces de pasar por alto los “*pecadillos*” de Arístides, y quizás los míos también, porque eran actos que podían ocultarse de los ojos de todos aquellos que no pertenecían a su exquisito grupo de alta sociedad provinciana. Es muy probable, y no te extrañe, que no le dieran excesiva importancia a mi descarado cuando ya estaba divorciada, porque una mujer que no tiene en casa a su señor y busca sustitutos, peca contra la pureza, pero no ofende la dignidad de un caballero, y eso, como comprenderás, puede sobrellevarse sin escándalos. Lo que no se tolera es que salga fotografiada en la portada de los periódicos con un traje de noche desgarrado, mojada, al lado del cadáver de su ex-marido tapado con una funda dorada, el último grito en mortajas de urgencia para los accidentados en carretera. Es demasiado grave para todos, demasiado vergonzoso, ¿verdad? La muerte de Arístides puede haber puesto el punto de fusión suficientemente álgido como para movilizar a todo el aparato de la vida social “de bien” con el fin de destruirme, y hasta arrasarme.

También el mismo Arístides ha podido tener que ver en todo esto. ¡Oh, creerás que estoy desvariando! Como comprenderás no lo culpo de hacer que me metieran en la cárcel por su muerte. Me refiero a que era demasiado envidioso. Desde que nos conocimos, si algo le ha fastidiado, a la vez que enorgullecido, en lo más profundo de su ser era verme rodeada de personas que me valoraban. Él podía presumir ante

todos de tenerme. Yo era suya y nadie debía olvidarlo. Por más que me empeñe, jamás seré capaz de imaginar qué cuentos habrá inventado y difundido para salvaguardar su estima, y su fama de psiquiatra comprensivo y eficaz. Debe haber fomentado comentarios de que yo era tan pagada de mí misma, y gran amante del sexo extraconyugal. ¿Cuántas personas han podido creer sus embustes de encantador de serpientes?

Él me decía que era eterno, que no moriría nunca, y que si yo quería también podría serlo con él. Bromas íntimas entre sábanas y caricias. Arístides no quería morir y yo lo empujé hacia su infierno. Desde ese momento me convertí en homicida, pero mi castigo no debe ser estar aquí. No puedo decirte cuál es el que merezco, aunque ciertamente no es la prisión entre ladronas, traficantes, sidosas y asesinas. Sin embargo, él anticipó sin querer su venganza sembrando durante años la mala semilla, rumores idóneos para provocar que me vea aquí dentro. Parte de mi descrédito personal es una consecuencia de su campaña de acoso hacia mi buena imagen, esa que todos defendemos con uñas y dientes ante los demás, como los famosos durante las entrevistas.

Quienes nos conocían no podían imaginar que también lo odiaba. Mi odio era similar a la cantidad de amor con que lo había bañado durante doce años. Y, te reconozco en voz alta, mi muy querida amiga, tenía motivos sobrados para matarlo. Admito también que durante los últimos años he fantaseado muchas veces con que Arístides había desaparecido de la faz de la tierra. Esos momentos, generalmente al despertarme por las mañanas, me producían un verdadero placer. Mi satisfacción imaginada era poder respirar sabiendo imposible el que Arístides apareciera en cualquier instante tan súbitamente como si fuera un conejo que saliera de la chistera de un mago por arte de birlibirloque. Eso es lo que me hace pensar que soy algo culpable de su muerte. Pero mi odio y mis amenazas no eran sino el vapor que salía

por la válvula de escape invisible de mi cerebro para no estallar. Verlo sin vida fue una sorpresa. Yo no quería que sucediera así, y nunca supuse que serían mis brazos los que lo arrojarían al mundo de las tinieblas dejándome desconcertada y perdida. Una carretera secundaria, un golpe seco, una mirada hacia la oscuridad, y no encontrar a Arístides, sino el cuerpo de Arístides vacío de él.

Desearía con todas mis fuerzas poder echar marcha atrás y llorar, sentada frente a la chimenea, como antes de separarme de Arístides. En aquel entonces me preguntaba de una forma obsesiva en qué me había equivocado. Tenía necesariamente que haber cometido un gran error para merecer perder su lealtad. Ahora, si esas tardes estuvieran en mi agenda todavía, sabiendo que nos quedaba tan poco tiempo para estar juntos, las dudas no me llevarían a recluir mi placer en la cama de Carlos Díaz, ni airearía ante el espejo mi incapacidad de volver a amar a mi marido sin dañarlo a la vez. Si pudiera vivir de nuevo aquellos días, me abrazaría a él con una fuerza desmesurada y no lo dejaría escapar. Pero no me es posible girar las agujas del reloj a mi conveniencia, ni recuperar lo que he ido perdiendo a lo largo de los años. Por lo pronto estoy aquí metida, en espera de juicio, a menos que tú consigas que ese juez esquinado con cara de ave rapaz me conceda la libertad condicional y me exima de padecer la etiqueta de “presa preventiva”.

Lo espero con más ansias de las que me gustaría sentir.



Como has podido comprobar esta tarde en la entrevista vigilada, no he perdido mi capacidad de ver claro. Entregué el cuaderno al funcionario con ansia. Tenía prisa por que lo leyeras. Me lo devolviste con cara de preocupación y lástima. Sentí miedo a pesar de tus palabras: *“Bien, está bien. Sigue”*.

Hace ya diez días que estoy aquí. ¡Diez días contados uno a uno! Arrancados como las hojas de los calendarios antiguos, los de las oficinas forradas de paneles de madera que huelen a barnices reseco por el paso de los años. Estos diez días exactos me hacen considerar que el encierro, que yo anticipaba largo desde el principio, está resultando más severo de lo que suponía. Recuerda que te lo advertí cuando hablamos en mi casa, la primera vez, cuando te llamé para encargarte que defendieras mi causa. Tú me respondiste que mis malos augurios no tenían sentido. No te estoy echando en cara la decisión del juez. Ahora pienso que quisiste tranquilizarme.

Desde que “entré”, aquí se dice así, solamente “entré”, mi vida es una pura rutina y mi único deseo, dormir y dormir. No quiero darme cuenta de dónde he venido a parar. Lo malo es que, si tengo poca hambre, tampoco tengo excesivo sueño. Además el catre es duro como el mármol, porque no tiene somier ni de lamas ni de muelles. La seguridad prima ante toda comodidad. Acostarme en él es yacer en un mausoleo que no me traga del todo, y sin embargo se extiende bajo mi cuerpo, esperando un leve descuido, un error trivial, para dejarme caer dentro, engullirme y no permitirme salir si no es por su voluntad: la voluntad de una tumba de albañilería pintada de blanco, con más poder del que tú y yo podemos tener jamás, el poder de ahogar la libertad y la vida.

Mi única ocupación es concentrarme en mis propios pensamientos. Me acuden de forma incesante, a veces deshilvanados, y otras, ordenados y lógicos. Me esfuerzo en vivir estos días como si nadie me esperara fuera y ésta debiera ser la casa que el destino me hubiera deparado. No te creas que logro hacerme a la idea, porque no es fácil abandonar un piso céntrico, con *parquet*, calefacción en invierno y aire acondicionado en verano, un salón confortable con flores frescas a menudo en los jarrones, y alfombras persas hasta en el último rincón para pisar sin hacer el menor

ruido. Ni es plato de gusto decirle adiós a Pura, mis pies y mis manos, no una criada, mejor una amiga en mi propia casa, que cocina de fábula, lava a mano los jerséis y plancha mi ropa con mimo, sin permitirse ceder ante la más mínima arruga. Y, sobre todas las cosas que he tenido que dejar atrás, lo que más añoro, no es sino mi biblioteca, cargada de libros antiguos y modernos que he ido recopilando por aquí y por allá: en los viajes, en una librería a punto de cerrar por escasez de ventas, regalos de compañeros, profesores y amigos que sabían, por una u otra razón, de mi pasión por la literatura inglesa del siglo XVII. Intento rechazar las imágenes domésticas porque me duele echar de menos la comodidad de mi ambiente personal, el que he ido construyéndome durante años y años, como una tela de araña, hasta hacerlo parte de mí misma. Y me duele tanto la evocación de mis pequeñas rutinas caseras porque, cuando las dejé, no sabía cuándo iba a poder recuperarlas, ni lo sé aún.

No dejes de venir a verme. No quiero estar todos los días sola. Reconozco que alguna interna se me ha acercado para hablar, pero no le he respondido. ¿Cómo voy a hacerlo? Ellas tampoco se atreven a intimar con nadie, no vaya a ser que demuestren ante las otras una parte de sus flaquezas. Y las “señoritas”, como se les llama aquí a las funcionarias, no se dirigen a mí más de lo imprescindible. Se comenta que más de una “tiene estudios”, supongo que se refieren a la licenciatura en alguna carrera; sin embargo, si es verdad, de poco les ha servido, porque conmigo son tan hostiles unas como otras. Todas parecen regodearse con tener entre sus internas a una mujer superior a ellas. Se complacen en humillarme por nimiedades. Les basta y les sobra un desconocimiento por mi parte de cualquier regla estúpida de las que rigen la vida de la prisión, que son muchas y a cada cual más demencial, para reírse y mofarse: *¡Mira la señora, tan lista ella! ¡Tanto libro, tanta universidad, y no sabe que no se puede salir al patio cuando a ella se le antoja! ¿Es que no has*

aprendido todavía lo que es el tigre, ni el chabolo? Las internas se ríen, sin taparse la boca, llena de dientes amarillos de no lavárselos, y se dan media vuelta manteniendo su gesto insultante. Me odian. Lo noto. Yo no les hablo, ni las miro, no vaya a ser que se den cuenta de que las temo. Una a una, puedo soportar su presencia, pero juntas no. Me piden tabaco, papel, bolígrafo, dinero. Desde el primer momento decidí que no les daría nada, pero no he podido cumplir mi promesa. Me tienen acribillada. Pienso que si les doy lo que me piden me dejarán tranquila. Una funcionaria me recomendó que de vez en cuando les contestara con un “no” rotundo. “*Por tu bien*”, dijo. Y tenía razón, pero yo no sé cómo hacerlo. Un día de estos me envalentonaré y me negaré a sus exigencias.

Estoy cansada. Me duele el cuello por tener la cabeza tan agachada. Mañana intentaré remover en mis recuerdos y escribirlos para ti.

